# EL ALBUM DE LA MUJER

## ILUSTRACIÓN HISPANO-AMERICANA.

DIRECTORA, CONCEPCIÓN GIMENO DE FLAQUER

**PRECIO DE SUSCRICION.**

En México.....$ 3 00 trimestre adelantado.
En los Estados..... 4 50 „ „
En las Repúblicas del Sur y Centro América..... „ 9 00 semestre adelantado.
En Europa los agentes fijarán los precios.

**Números atrasados, 50 centavos.**

AÑO V.—TOMO VIII.—NÚM. 9.

MÉXICO, 27 DE FEBRERO DE 1887.

DIRECCION Y ADMINISTRACION,
Calle Amor de Dios número 7

**CONDICIONES DE LA SUSCRICION.**

**El Album de la Mujer** se publica todos los domingos, resultando á veces cinco números mensuales, dándose además como suplemento á los suscritores, con cada número,
*Un periódico mercantil y de noticias.*
La suscrición es por trimestre ó semestre.

**Apartado en el Correo núm. 604.**

CONDESA DE PARIS

# ÚLTIMAS FLORES.

A la memoria de mi amada y buena esposa, la Sra. Adelaida Girón.

I

Te ví en la desierta playa de un mar que yo cruzaba sin rumbo definido.

Era la mitad de un dia en que el cielo, antes azul, sereno y trasparente, tornábase borrascoso y se desataba en lluvia sobre las aguas inquietas.

Mi espíritu estaba triste como el cielo que lloraba, y mi corazón se movía con la irregularidad de las aguas.

Si fijaba la vista en la fosforescente estela que la barca iba dejando, surgía de entre las salobres ondas la lúgubre silueta de un sepulcro;[1] y si, angustiado, tornaba los ojos hacia la opaca bóveda del cielo, causábanme terror las nubes que fingían espectros, el aire que suspiraba, el revoloteo de las gaviotas y el amarillento sol rodando por el espacio.

Sentíame débil para conducir la barca, acobardándome, á más, el silencio de la soledad y lo vago de los horizontes, de continuo iluminados por relámpagos siniestros.

Empero te ví entre las brumas de la no lejana playa, como la imagen de la esperanza, como una ilusión risueña, y hacia tí tendiéronse mis brazos solicitando favor.

¡Cuán buena, cuán generosa y abnegada fuiste!

A riesgo de naufragar en mi endeble esquife, y sin temer las borrascas de que eran nuncio el silbo de encontrados vientos, las densas y tonantes nubes y el canto melancólico de los pájaros siniestros, vinistes á mi lado sonriente y cuasi feliz.

II

No olvido, ni fuérame posible olvidar, cómo cambiaron los accidentes y cuán distinta fuese poniendo la escena, desde que á la embarcación entraste para ser mi compañera.

Aquellas nubes, negras las unas, apizarradas otras, que en la altura se mecían, desgajándose á veces en girones caprichosos, y otras aglomerándose en masas imponentes, huyeron como conjuradas por espíritu superior, y vimos el azul del cielo espléndido y sereno.

Al tosco empuje de contrarios vientos y á su horrísono bramar, sucedieron blandas y murmurantes auras, á merced de las que la embarcación se mecía como se mece el nido de un risueñor entre las ramas del árbol.

El sol brillaba magnífico: sus impalpables rayos herían las menudas olas fingiendo chispas de diamantes, teñían á las dispersas fugitivas nubes de rosicler y grana, y besaban tu frente con el calor con que lo hacían mis labios.

Así serena la atmósfera, limpio como tu alma el cielo, embellecido el horizonte con los colores del iris, vino á mi alma la esperanza, nuevo vigor circuló por mis ateridos miembros, y, asiendo el timón con valiente mano, dirigí la proa á bello y florido islote que se alzaba en lontananza.

En tanto tú, vida mia, enlazabas mi cuello con tus brazos, apoyabas en mi hombro la cabeza, y acariciándome con la mirada como lo hacían suavemente los bucles de tus cabellos que el céfiro traía á mi rostro, me hablabas del porvenir, de felicidad, de amor.

Tu voz vibraba en mis oidos con el melódico acento que al amanecer el dia tiene el cantar de la parda golondrina, como el arroyo que murmura cristalinas notas en el silencio del bosque, como la brisa que juguetea en nuestros índicos cármenes.

III

Trémula de emoción un dia, en tus pláticas me dijiste:

—«A las márgenes del camino de la vida y por entre zarzas de aceradas púas, brotan lozanas flores cuyos pétalos encantan, y de vivífico aroma.

«He cortado algunas de ellas para el amado de mi corazón, para tí, dulce bien mio.

«Tómalas: unas son blancas como las castas visiones de nuestros pasados sueños; son color de fuego las otras como tus labios al acercarse á los mios; éstas remedan el azul del cielo que nos está sonriendo, y todas exhalan de lo hondo de sus delicados cálices un perfume celestial.

«Tómalas, amado mio, acércalas á tu pecho, y que ellas sean las que recreen tu vista cuando la melancolía te asalte, las que conforten con su esencia tu espíritu si en las fatigas desmayas, las que te recuerden siempre á tu fiel y constante compañera.»

Yo apliqué mis apasionados labios al primoroso obsequio, en el que ví á los hijos que me dió tu seno.

Y sobre aquellas benditas flores que son mi orgullo y encanto, cayeron mis lágrimas como primaveral rocío.

IV

La barca bogaba rápida hacia el entrevisto islote.

Desplegadas sus velas á impulso de propicio viento, figuraba blanca paloma mensajera, hendiendo de regreso el aire que la separa del amado nido.

Si ve la paloma los floridos setos que son magnífica alfombra á los pies de las montañas; si oye el murmurio de ocultas pero no desconocidas fuentes; si cree percibir el aroma de la atmósfera que extrañaba; si adivina dónde está el naranjo en que su nidada pía, nosotros como ella volábamos anhelantes viendo y casi tocando ya nuestro suspirado Edén.

En tanto, el sol caía al Occidente.

Las compactas nubes fingían en el espacio montañas de ópalo y nieve, por entre las que pasaba en desmayo la tenue claridad vespertina; los términos del horizonte se esfuminaban con indecisos tintes, como si se fuese interponiendo un velo entre los misterios de lo infinito y las ilusiones terrestres; mecíase la barca crugiendo con melancólica monotonía; hízose el silencio de la noche, é inclinándome á tu seno, cerré los ojos y quedé dormido.

V

Soñé que te miraba en el campo de mi vida, como gallarda palma á cuya sombra dormía. . . . Soñé que la palma cambiaba de consistencia, de color y forma, trasformándose en vaporosa figura circuida de la tranquila luz del astro de la noche. . . . Te soñé tocando con la frente al cielo, y que desde allá me enseñabas, en lo hondo del infinito, algo como un océano sin playas y sin borrascas. . . . . .

¡Terrible pesadilla!

Tendía hacia tí mis brazos como cuando te me apareciste en la desierta playa del mar que yo cruzaba sin rumbo definido, pero ya, indiferente, no acudías á mi ruego como accediste en la vez aquella. Acongojado y trémulo arranqué de mi garganta invocaciones que parecían gemidos, y éstos subían. . . . subían, y en la atmósfera se trasformaban en lágrimas que caían sobre mi rostro como gotas de plomo hirviente. . . . !

VI

Al despertar era de noche, y las nubes velaban las estrellas.

Negra estaba la bóveda del cielo, como es negra la bóveda de un sepulcro.

Reinaba por do quier aterrador silencio.

Los aires no circulaban, y el mar, como de plomo fundido, quedóse sin movimiento, aprisionando á la barca. . . . A mi frente estaba el islote, negro ya, como gigantesco aterrador fantasma.

Quise remar para alcanzarlo, é imposible me fué mover la barca por sobre aquel mar de hielo.

Corrí hacia tu lugar buscándote entre las espesas sombras, y en tu lugar no había nadie.

Te llamé, y no respondistes.

—¡Alma de mi alma!—te grité entonces—¡Vida de mi vida. . . .! Mi dulce y querida compañera, ¿por qué me has abandonado en esta triste y pavorosa noche. . . .? ¿Fué acaso realidad mi sueño?. . . Como el sol que se ha hundido para llevar su luz á regiones distintas, ¿tocaste ya á tu ocaso é irradias con la luz de los ángeles en otro mundo mejor?. . .

Me dejas en la solitaria barca en infecundo quietismo. . . .

No hay luz en mis horizontes!

No hay borrascas ni tempestades que puedan conmoverme!

Vierte de continuo la pálida tristeza, emponzoñado licor en la copa de mi vida!

Ay! ésta se extingue como la planta que muere por falta de calor y de luz.

Pero aun así, agonizante, sin mi pretérito aliento, acerco á mi corazón las flores que me obsequiaste; vida les doy regándolas con mis lágrimas; y será mi último aliento el ósculo que les dé, pronunciando á la vez tu nombre.

México, Febrero 20 de 1887.

MANUEL DOMÍNGUEZ.

1 Aludo á la muerte de mi madre, acaecida meses antes de mi matrimonio.

# SILUETAS FEMENINAS.

La nostalgia de amor imprime en el rostro de las mujeres cierto tinte melancólico. Las sombras azuladas que rodean unos ojos hermosos, la palidez que se extiende sobre unas mejillas aterciopeladas, y el lánguido brillar de una mirada triste, dejan entrever los ocultos pesares de un alma huérfana y abandonada á ideales aspiraciones.

Rosa acababa de cumplir diez y ocho años al lado de un esposo que le dieron sus padres, y á quien entregó su mano, pero no su corazón.

Las delicias tranquilas de una luna de miel pasada lejos del bullicio del mundo, parecen coronar á aquella, al parecer, dichosa pareja, con guirnaldas de mirtos, y perfumar sus dias con el último aroma de los azahares que embalsamaron el ambiente del nuevo hogar.

Rosa es bella, no sólo con la belleza de un conjunto físico perfecto, sino con la belleza moral de un alma elevada y noble que se trasparenta en su rostro, que brilla en su mirada, rodeándola de una suave atmósfera de castidad que inspira respetuosa simpatía y contiene en ciertos límites á los más atrevidos seductores.

A los quince años amó Rosa con ese primer sentimiento poético y dulce de la juventud, que se entrega al objeto amado, convirtiendo á la niña en mujer y haciéndola soñar en las dichas del hogar doméstico, oculto á las miradas indiscretas y vedado á las curiosas impertinencias.

Instruida, enamorada y soñadora se entregó al dulce encanto de sus amores, sin ver otra cosa que aquel que era dueño de los primeros latidos de su corazón, de las primicias de su alma.

Las venturas del amor se adivinan más bien que sentirse, se gozan más bien que palparse, y Rosa experimentaba, amando, los vagos deseos de una realidad dichosa.

Sus padres, ciegos de cariño, ávidos de posición, arrojaron un dia aquella niña en brazos de un hombre que, aunque de nobles sentimientos, no la podía comprender.

A la mujer joven, inteligente y apasionada, no la deslumbra el brillo de una elevada posición. El crugido de un traje de seda, el collar de perlas ó el anillo de limpios brillantes, sólo le recuerdan que es la esposa de un hombre rico y que la separan del dueño de su amor.

Casada Rosa, sentía ese vacío inmenso que no llena la ternura apasionada de un esposo que antes no tuvo la fortuna de ser amado y á quien se aceptó llorando, sintiendo aversión y sacrificando todo.

Los dias de Rosa pasaban tristes y llenos de fastidio dentro de un lujoso retrete donde muchas veces sus labios descoloridos tenían que pronunciar frases cariñosas que le costaba inmenso trabajo formular. Cuando, al fin, se quedaba sola, su mirada adquiría una brillantez extraordinaria, sus pálidas mejillas se coloreaban, y los contornos suaves de su fisonomía se animaban por una sonrisa de satisfacción mal comprimida y traducida en esta frase: ¡gracias á Dios! Entonces abandonaba el diván y acercándose á una ventana que daba á un hermoso jardín, se entretenía en formar pequeños ramos de *Madreselva*, cuyas tembladoras ramas ascendían por una escala á la altura de la ventana. Algunas veces era sorprendida en esa ocupación por su esposo, quien al preguntar para qué quería aquellos ramos, sólo obtenía por respuesta un «para guardarlos,» lacónico y seco, como la mirada que dirigía al interrogador.

La belleza de Rosa se marchitaba notablemente y su carácter adquiría á la vez más acritud para el hombre con quien estaba ligada por toda la vida.

Por muy nobles que fueran los sentimientos de aquel esposo, llegó una vez en que se sintió ofendido y en que fué precisa una explicación y una ruptura. Él se alejó de ella para siempre, y ella tuvo que ir á vivir á un miserable cuartujo, donde pasaba muchas noches trabajando cerca de una cuna en que dormía un precioso niño.

***

Cuando el hombre, y el hombre casado, ama verdaderamente y no es correspondido; cuando el calor del hogar se torna en una atmósfera de hielo que todo lo llena de horrible frialdad, la fiebre del amor y de los celos convierten el alma del esposo en un infierno de desesperación, y los vicios acaban por dominar en aquellas naturalezas impresionables, que rara vez dejan de hundirse en el más grosero materialismo.

El marido de Rosa siguió esa senda resbaladiza; su dicha se trocó en humo, y las orgías acabaron bien pronto con su fortuna y su naturaleza, reduciéndolo á esa vejez miserable y enfermiza que no tiene más espectativa que las marcas del presidiario ó el anfiteatro de un hospital.

¿Era Rosa culpable de la desgracia de su esposo á quien si no amaba tampoco deshonró? El que lea ésto resolverá el problema; yo no me atrevo á hacerlo.

***

Un dia que Rosa salió por la mañana á entregar en una casa de Modas su trabajo de varias noches, notó que un hombre todavía joven la seguía con alguna insistencia. Ella conservaba aún la belleza de los veinte años, algo marchita por la pobreza, pero idealizada, puede decirse, por el sentimiento de la maternidad; creyó que quien la seguía fuese uno de tantos que al ver á una pobre costurera con su vestido de percal, su *tápalo* ó *rebozo* y su continente humilde, se permiten todas las libertades en uso de no sé qué derecho y con la mayor impunidad.

Rosa llegó á la casa de Modas, entregó su trabajo y recibió el nuevo, alejándose en seguida. A los pocos pasos se encontró frente por frente del importuno que la había seguido, y al fijar en él sus ojos sintió una especie de vértigo, sus piernas flaquearon y tuvo que apoyarse contra un lujoso escaparate para no caer. El hombre la contempló en ese estado y se alejó, sin decir una palabra, en dirección opuesta.

Aquel hombre era á quien ella había amado antes de casarse y á quien no había vuelto á ver.

Repuesta de aquella terrible emoción, se enjugó dos lágrimas rebeldes, alejándose con precipitación por las calles menos céntricas hasta penetrar en una pobre casa de vecindad donde le salió al encuentro un niño rubio como un ángel á quien tomó en sus brazos con apasionada ternura.

Una vez encerrada la pobre madre en las cuatro paredes de su habitación y turbada aún por la sorpresa que acababa de recibir, dejó á su mente soñar en un pasado que en aquel instante se le presentaba con todos los colores de la verdad, haciéndola experimentar el terrible dolor de su juventud desgraciada.

La pequeña ventana de su cuarto daba frente á uno de los bellos lugares que rodean nuestra hermosa capital, y clavada de codos, con la frente apoyada en las manos y los ojos fijos en el horizonte que se dilataba á su vista, se dejó llevar por el pensamiento á aquellos dias de su juventud tan pasajeros como inolvidables.

El pobre cuarto de una costurera no es lo más á propósito para tener sueños color de rosa; pero el amor y el sentimiento lo embellecen todo.

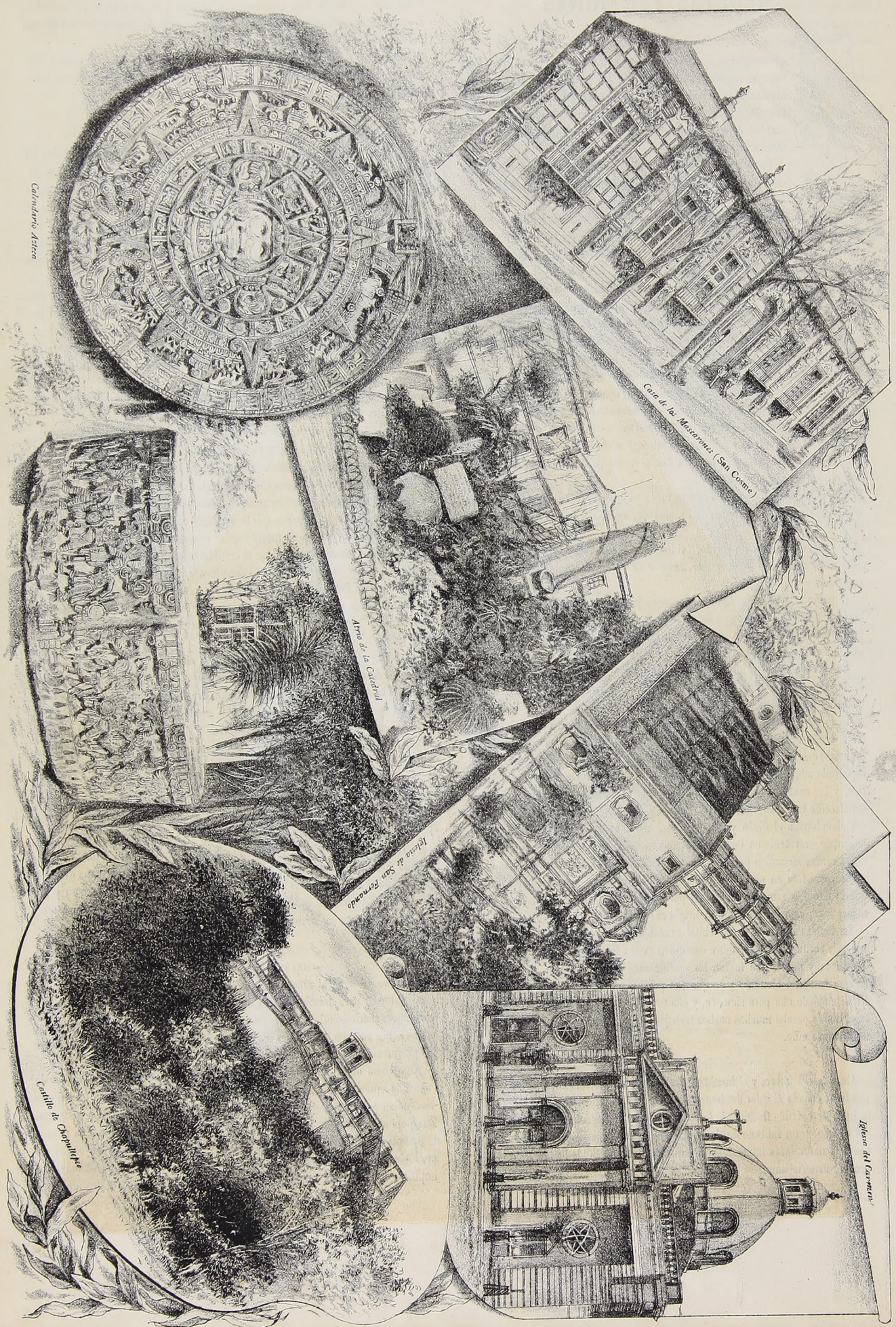
Su vida de casada había sido tan triste, tan fria, que apenas su hijo le recordaba que había tenido un esposo, una noche de bodas, y después muchos dias de nieblas aterradoras que no bastaban á disipar los perfumes del aristocrático retrete, las ternuras solícitas de un marido, los espléndidos trajes y las envidiables alhajas.

Aquella alma ardiente que á los quince años se abrió una noche al tierno sentimiento del amor como la magnolia al beso de los céfiros nocturnos, tuvo, sin embargo, que vivir sin ese amor, y que habitar la alcoba nupcial con un hombre que no era el predilecto de su corazón. La casta doncella fué esposa, pero sin manchar la pureza del sentimiento consagrado á otro hombre; y delirando siempre con el amado, y siempre en lucha con su amor y sus deberes, pasó algunos años sintiendo correr por sus venas una sangre de fuego y por su corazón estremecimientos inusitados que fueron empalideciendo su rostro y velando de tristeza sus miradas.

***

El rubio y angelical niño que jugaba con unos cuantos dijes, buscó el regazo maternal para dormir, y Rosa dejó la ventana para tomarlo en sus brazos y dormirlo acariciándolo. El cabello destrenzado de la madre caía en profusas ondas sobre su seno, cubriendo la cabecita rubia de su hijo que se perdía entre los pliegues de la falda.

Algo como una luz opalina iluminaba el pálido semblante de Rosa, tras de cuya fina epidermis se trasparentaba la sangre corriendo en hilos azules que descendían por el cuello para perderse tras la muselina que cubría su garganta. Sus pupilas nadaban en ondas de luz temblorosa y brillante, dando á su mirada la diáfana trasparencia de un cristal sobre el que se quiebran los rayos del sol produciendo el iris. Los rizos que cubrían su frente, parecía que se movían á impulsos de los pensamientos que agitaban aquella cabeza todavía juvenil.




VISTAS DE MEXICO

HERMANA DE LA CARIDAD

***

Un discreto golpecito dado en la puerta, interrumpió bruscamente el diálogo mental que Rosa sostenía con su primero y único amante, y levantándose, colocó al niño dormido en su pobre lecho, y fué á abrir. El visitante era el predilecto de su corazón.

Las situaciones difíciles se salvan con grandes resoluciones. El amor intenso de aquella mujer sacrificado á la ambición después de llorar sobre la tumba de sus esperanzas, tomaba á la vista del hombre que lo había inspirado, toda la grandeza del pudor, toda la abnegación de dos años de miseria y sufrimientos. ¡Era esposa y era madre!

—«¿Qué quiere vd.? preguntó con voz temblorosa.»

—«Vengo á devolverte el último ramo de Madreselvas que me diste.»

—«Consérvelo vd. como un recuerdo y no vuelva á pensar en mí. ¡Adiós!»

—«¡Rosa!» gritó su amante desesperado, y sin poder penetrar porque ella le cerraba el paso.

—«¡Mamá!» gritó el niño despertando.

Rosa cerró bruscamente la puerta y corrió á besar á su hijo, mientras el desdeñado amante se alejaba triste y abatido.

***

Rosa ocupa hoy una cómoda posición en una casa rica de esta capital, y su hijo está pensionado en un colegio.

El marido de Rosa murió, asistido por ésta en sus últimos momentos, abrazando á su hijo y convencido de la fidelidad de su esposa.

ANTONIO DE P. MORENO.

## DESPUÉS DEL BAILE.

I

Las pupilas que brillan dilatadas
El cuerpo al ver en el gigante espejo,
La sangre que circula enardecida,
Los rojos labios do palpita un beso.
La blanca nube de aromados polvos
Que se desliza de la cara al seno,
La flor entre los rizos suspendida,
Y los rizos ondeando sobre el cuello.
El momento feliz que se aproxima,
El ansia de llegar, el dulce sueño
De pasearse en los mágicos salones,
Creyendo al mundo refulgente cielo.

II

Cruzar del wals á las vibrantes notas
Embargada de lánguida emoción,
Beber miradas, aspirar suspiros,
Perder la calma ambicionando amor.
Un pensamiento que se eleva ardiente,
Palabras que un misterio sorprendió,
Misterios que sorprenden las palabras,
Vagos ecos que abrasan la razón,
Promesas que en sonrisas amanecen,
Sonrisa que promesas murmuró.
Muchas flores de tela....sin espinas
Bellas cual la embriaguez de la ilusión,
¡Mucha luz, mucha luz, sólo en el alma
Se proyectó la sombra del dolor!

. . . . . .

Después, la realidad, triste, sombría,
Y lágrimas que vierte el corazón.

SOFÍA PÉREZ CASANOVA.

España.

## HORACIOS Y CURIACIOS.

De mi vida al nublado campamento,
Tres adalides sin temer la muerte,
El amor, la virtud y el sentimiento,
Lanzáronse luchando con la suerte.

Sale el amor y muere traicionado,
Va la virtud y quédase cautiva,
Y el sentimiento en lágrimas bañado
Murió como una humilde sensitiva.

Como el roble montés que no se abate
Sólo la fe en el triunfo quedó entera. . . . .
¡Mis soldados han muerto en el combate!
¡Dejadme que conserve la bandera!

México, 1887. JUAN DE D. PEZA.

# AURORA

POEMA POR ERNESTO GONZÁLEZ.

*(Conclusión.)*

VIII

Amad con un amor casi divino
Y vivid para amar reconcentrado,
Sembrad sólo de flores un camino;
Ved de improviso que el objeto amado
Va á perecer. . . . morir es su destino,
Y escuchad que una voz terrible os grita
Con angustia infinita:
«Tú has sido su asesino!!»
Y que esa voz tremenda, acusadora,
Es de la esposa que nuestra alma adora! . . . .
Si hundiéndose la tierra en el vacío,
Rotos sus ejes, con fragor rodara,
Y su cadáver frío
En planetas y soles se estrellara;
El sér que el cataclismo contemplara,
Tanta ansiedad horrible,
Tanto espanto y terror no sentiría
Como ante aquella voz ronca y terrible,
Trémulo Alberto, con pavor sentía.
Que no era en ese instante
Aquella madre la feliz esposa,
Ternísima y amante,
Y dulce y cariñosa,
Previendo de su esposo los deseos:
Trasfigurado, lívido el semblante,
Era el rayo que hiere fulminante,
El ángel vengador de los Hebreos.

IX

Inmóvil, aterrado,
Por aquellas palabras subyugado,
Así quedóse Alberto
En sus hondos pesares abismado,
Y más que vivo, muerto;
Pero volviendo en sí, desesperado,
Cual movido por mágico conjuro
«¡No morirá, lo juro!
—Gritó con voz terrible y estridente—
«Yo le daré aire puro,
«Y en otros climas saludable ambiente.»
«¡No morirá mi Aurora, el bien que adoro!»
«Yo robaré á la muerte su tesoro!»

X

Y partieron. . . . partieron á otros climas.
Del Monte Blanco las heladas cimas,
Las planicies del Africa ardorosa,
Y Londres la brumosa,
Y Viena, y Roma, Nápoles la bella,
Y Sevilla morisca,
Y la gentil Venecia que descuella
Cual de Levante reina y odalisca;
Todas esas magníficas ciudades
Y apartadas regiones
Con sus médicas sabias facultades,
O su salubridad tan alabada,
No pudieron dar aire á los pulmones
De aquella pobre niña asesinada.

XI

Y Alberto ya iba viendo
Nube muy negra en porvenir cercano,
Y ya iba comprendiendo
Toda la nada del poder humano.

XII

Era una tarde bella y apacible
De tibio Otoño: el sol desde Occidente,
Con dulzura indecible,
Doraba suavemente
Las copas de los árboles umbríos.

Entre la oscuridad siempre creciente
De los bosques sombríos
Elevábase ya, como un lamento,
Del ruiseñor el melodioso acento.
En un huerto muy próximo á Florencia,
Que se extiende detrás de una colina
De risueña apariencia,
Encontrábase Alberto
Sentado al pie de una frondosa encina,
De honda tristeza y palidez cubierto;
Y la esposa á su lado,
Los ojos fijos en el limpio cielo
Que ya en Oriente, con su denso velo,
Ofuscaba un crepúsculo avanzado.
Del esposo el cabello encanecido,
De ella el rostro doliente,
Con expresión enérgica, elocuente,
Mostraban ambos el dolor sufrido.
Y en silencio el esposo,
Y callando María,
Algo terrible en su mutismo había,
Fatídico, letal y tenebroso.
Al fin la madre dijo:
«En ese bosquecillo de rosales
Que está junto á la cerca de nogales,
Aurora juega sin pensar, de fijo,
Que crecerán sus males
Si de este huerto en las florestas bellas
Nos sorprende la luz de las estrellas.»
Y Alberto, respondiendo,
Contestó así, de su abstracción saliendo:
«Deja, María, que mi bien respire
El aura que en un tiempo le he negado,
Que con placer aspire
El aire embalsamado
De estos sitios amenos;
Aquí sentirá, al menos,
Un consuelo su pecho comprimido.
¿Por qué tan tarde el mal he conocido?
¡Ah! ¿por qué esos doctores
Que aguda enfermedad han comprendido
No mitigan siquiera sus dolores,
Pues no encuentran remedio poderoso
Que vuelva al cuerpo sano y vigoroso?
Apurar. . . . apurar pausadamente
Este cáliz. . . . beberlo hasta las heces,
Y sufrir. . . . y luchar siempre impotente. . . . .
Esto es morir mil veces!
Dolor inmenso, eterno,
Suplicio sin igual en su agonía,
Y no lo inventaría
Más grande y más atroz el mismo infierno!»
«¡Oh! calla, no blasfemes,
—Pálida y con horror dijo María—
«Pues que al Señor no temes,
No aumentes con crueldad la pena mía.»
Y de la indignación el claro brillo
Ostentaba la esposa en su mirada.
Mas de improviso, allá en el bosquecillo,
Gritó una voz con sofocado acento:
«¡Padre, socorro!» «¡Aurora! Aurora amada!»
Clamó éste, y más veloz que el pensamiento
Corre hacia los rosales,
Salta arroyos, se hiere en los zarzales,
De acacias rompe espesos pabellones,
Y al fin, junto á una fuente bullidora
Contempla en tierra á su adorada Aurora
Víctima de horrorosas convulsiones,
Que lívida y con sombras ya de muerte,
Hablaba fatigosa de esta suerte:
«Padre. . . . padre. . . . me muero. . . . .
Esta fatiga. . . . el pecho. . . . va á partirme. . . . .
Aire. . . . aire. . . . A mi madre ver yo quiero. . . . .
—Y viendo se acercaba ya María—
«Yo no quiero morirme. . . . .
Yo no quiero morirme»—. . . le decía.
Y Alberto los cabellos se mesaba. . . . .
Y la madre, entretanto, oraba. . . . oraba. . . . .
. . . . . .
Era terrible cosa
Ver en aquella niña pura, hermosa,
Y confundidas en tremendo lazo,
Una vida tan débil y penosa
Luchando con la muerte brazo á brazo.
. . . . . .
Pero de pronto, Aurora moribunda,
Tan bella é infelice,
Los tristes ojos que el dolor hundía
Llenos de angustia y expresión profunda
Fija en sus padres, y con pena dice,
Ya con el estertor de la agonía,
Sintiendo de la muerte intenso frío:
«¿Por qué él no reza nunca, madre mía?»
«¿Por qué me amaste tanto, padre mío?»

XIII

Después. . . . aquella fuente era una tumba
Sombreada de acacias y nogales,
Y en tanto que en el bosque el aire zumba,
Allá entre los rosales
Misterioso rumor oir se deja
Como el «adiós» de un alma que se aleja. . . .
Como el sonido de arpas celestiales. . . . .

CONCLUSIÓN.

Si vais alguna tarde al monasterio
Del Císter en Florencia,
Hallareis en su bello cementerio
Y entre tumbas de gran magnificencia,
Bajo rosal de forma encantadora,
En tersa piedra de inmortal blancura,
Esculpida una rosa fresca y pura,
Y esta frase: «Mi Aurora.»
Vereis también decrépito á un anciano,
Triste la faz, rugosa y amarilla,
De una mujer asido de la mano,
Y que humilde, doblando la rodilla,
Clama elevando la mirada al cielo:
«Mi soberbia ante tí, Señor, se humilla!
Yo adoro tu poder; dame consuelo!»
Y luego, en transición inesperada,
Viendo el arbusto con creciente anhelo,
Loca, febril, luciente la mirada,
Habla así á la mujer desventurada
Señalando el rosal junto á la fosa
Con mano descarnada y temblorosa:
«Mírala allí de mi dolor testigo. . . . .
Dice que me perdona y que me ama. . . . .
¿No ves cómo me llama? . . . .
¡Ya te sigo, mi Aurora, ya te sigo! . . . .»

México, 1887.

FIN

# MODAS.

Como ésta es la época de bailes, reuniones y teatros, consagraremos las primeras líneas de nuestra reseña de modas á una prenda de vestir indispensable á toda dama elegante, y que hemos convenido en denominar *salida de teatro y baile*. Esos abrigos, los que mejor se prestan á las múltiples combinaciones del buen gusto, adoptan en la presente temporada tres hechuras á cual más cómodas y bellas. La *rotonda* forrada de ricas pieles, es muy cómoda y suele hacerse para cubrir los trajes más elegantes y vaporosos, en razón de no ajarlos jamás por la graciosa holgura con que cubre el elegante busto femenino; la *visita* de raso también es abrigo propio para salida de baile ó teatro y le sigue de cerca, completando el cuadro, el *redingot* de *pelouche* con adornos de pasamanería. Fuera de estos tres modelos, adorables lectoras, no busqueis nada que esté acorde con la moda actual para los abrigos mencionados.

Los trajes propios para casa adoptan infaliblemente la forma princesa, confeccionándoles con lanas algo fuertes, y aun con terciopelo y cachemir; los más elegantes de estos trajes se abren por delante sobre graciosísimo chaleco.

Para trajes de calle se adopta generalmente la combinación de lana, y otra te-

la más elegante y rica, que realce el conjunto, siempre en tonos oscuros, que son los que mejor convienen á la actual temporada. Es incalculable el consumo que se hace de *pelouche* para abrigos y salidas de teatro; cierto que es una tela bellísima, pero tiene el gran defecto de deslucirse muy pronto, pues por su especial condición no reune á la belleza la fortaleza. Esta es la razón de que no aconsejemos á nuestras lectoras el mucho abuso de esa tela harto cara; en su lugar puede adoptarse el terciopelo, mucho más durable y elegante también. La moda pone igualmente en juego ambos tejidos.

*
* *

Cuando esta Revista llegue á las manos de nuestras habituales lectoras, en el oscuro porvenir dibujará su incierto contorno el año de 1887. Siguiendo fatal ley humana el año que espira, para todos habrá tenido horas tristísimas de dolor, y los atribulados ojos se vuelven al nebuloso mañana en busca de algún lenitivo.

Pues bien, impulsados por la consoladora esperanza, amiga la más fiel de la agitada humanidad, no pondremos fin á nuestro trabajo de hoy sin formular ardientes votos, para que nuestras habituales lectoras, las suscritoras todas de *El Album de la Mujer*, empiecen y finalicen el nuevo año, registrando en sus inciertos dias lista interminable de prósperos sucesos.

Confiemos en la halagüeña esperanza de que no siempre el dolor será patrimonio de los míseros mortales.

Madrid, 21 Diciembre 1886. JOSEFA PUJOL DE COLLADO.

PEDRO ALARCON

## VICTORINA Ó HEROÍSMO DEL CORAZÓN.

NOVELA ORIGINAL

de Concepción Gimeno de Flaquer

*Continuación.*

Son dos tipos muy originales: figúrate que el señor de Morey es un octogenario cansado ya de saraos, teatros, bailes y fiestas, como es natural; no lleva á su hija á ninguna parte, pero tiene el buen gusto de formar en torno de ella una brillante sociedad de hombres de mucho genio. Yo, ante ellos, comprendo mi pequeñez; fuí presentado por un gran escultor que frecuentaba la casa con mucha asiduidad. Este marchó á Roma; mas yo he sido siempre bien recibido y voy alguna que otra vez. Te aseguro que no es fácil introducirse en esa sociedad, y que ser admitido equivale á una patente de mérito y distinción. Sirven un té familiar y se habla de ciencias, letras y artes. Estas veladas las hace Victorina deliciosas con las preciosas piezas que ejecuta al piano. Es una gran profesora: además tiene un esclarecido talento y posee el secreto de adivinar el tono que á cada uno le gusta y hablarle en él.

¡Oh, tendrán un gran placer en que tú vayas! Si quieres, mañana iré á anunciarte, y pasado mañana te presentarás conmigo y con la carta del duque del Amaranto.

—Acepto; soy aficionado á la música y oiré á Victorina con placer.

—Te agradará: es una mujer muy singular. Es ideal, soñadora, poética y no le conocemos ningún amor. En el círculo de sus adoradores le dan la importancia de una dificultad y le atribuyen el mérito de un imposible.

—Acabas de descubrir un tipo que interesa á mi volcánica fantasía. ¡Oh, lo misterioso, lo difícil de obtener me arrastra, me seduce, ejerce una gran influencia sobre mí!

—Eres poeta y pintor, no tengo más que añadir.

—¿Mañana harás la anunciación oficial?

—Sí, y quedarás contento de mí.

El drama había terminado con bastante éxito: el autor fué llamado diferentes veces á la escena. Después empezó una piececilla bufa, especie de sainetón, y Mario obligó al vizconde á marchar por no poder presenciar ese género que hiere al buen gusto y que es la muerte del teatro. Ambos se fueron á La Iberia, tomaron un café y se retiraron.

Al dia siguiente, á las tres de la tarde, el vizconde de la Plata subía por la calle de Carretas á la de Atocha, llegó al final de ésta y subió al principal de una casa recientemente revocada. Hizo sonar la campanilla, le abrieron y un criado le condujo al salón, diciéndole:

*(Continuará.)*


## OBRAS EN VENTA DE CONCEPCION GIMENO DE FLAQUER.

**MADRES DE HOMBRES CELEBRES.**—Tercera edición. Un elegante volumen con 8 láminas....$ 1 50

**SUPLICIO DE UNA COQUETA.**—Un volumen lujosamente impreso de más de 300 páginas.....$ 1 00

Se venden en la Administración de este periódico. A los agentes, desde diez ejemplares, se hace el descuento de 25 por 100.


Registrado como artículo de segunda clase.